



CARTA SESTA.



MI querido amigo.—Muy larga ha sido la digresion de la precedente carta; pero ha sido indispensable hacerla para poner á V. en el verdadero punto de vista en que debe contemplar el estado de insurreccion en aquellos dias. Vuelvo ya sobre mis pasos á tomar el hilo pendiente de la historia, y á seguir los del cura Hidalgo.

Quisiera omitir las circunstancias de su entrada en Guadalajara; pero son muy notables y debo referirlas, porque seguramente formarán un gran contraste con las escenas en que despues figurará este personaje. Yo quiero que en nuestra historia tome V. algunas lecciones de lo que es el mundo, y *el mundo en revolucion*, y sepa conducirse; estamos haciendo maromas, y es necesario ser buen equilibrista para no caer, tanto mas, que no bailamos en cuerda ni alambre, sino en el filo de un jabon. El dia 24 de noviembre salieron de Guadalajara veintidos coches á la hacienda de Atequizar con órdenes de aquel gobierno para recibir á Hidalgo: llegó á S. Pedro Analco, donde se le dió un banquete, y á la tarde, concluido el coro, se presentaron los ca-

nónigos á felicitarlo. Al siguiente dia se formó toda la tropa en dos alas con la infantería á retaguardia hasta la puerta de la iglesia Catedral donde estaba el batallon de Guadalajara; seguian la comitiva mas de cien coches, las calles estaban pobladas de gentes, y adornadas con colgaduras. En la puerta de la iglesia habia un altar portátil: el dean Escandon salió á dar agua hasta dicha puerta; llegó Hidalgo al presbiterio y se cantó el *Te Deum*. Salió despues á pié en procesion hasta palacio, en cuyo salon principal habia un dosel, bajo el cual se sentó y recibió las corporaciones que le felicitaron con grandes arengas, á todas las que respondió cumplidamente; pero mucho mas se esmeró cuando respondió á la de los colegios.... ¡Ah! Hidalgo era un sábio, habia pasado sus bellos dias en la educacion de la juventud: conocia que las ciencias son del resorte de la libertad de los pueblos, él queria dársela, y por esto se fijaba con mas ahinco en este linage de gentes, y formaba sus delicias en tratar con ellas de tan importante negocio. Yo suplico á V. por nuestra amistad se sirva ya dar una ojeada sobre los oficios libradós al virey Venegas por la audiencia y cabildo eclesiástico de Guadalajara, since- rando su conducta en razon de este recibimiento, los cuales se publicaron en la Gaceta de México núm. 16, tom. 2.º del dia 5 de febrero de 1811, pág. 109 á 111. Entre las espresiones del cabildo eclesiástico, se leen las siguientes palabras.... Llegamos á la degradacion y abatimiento en que nos pusieron las circunstancias.... Yo entiendo que esta descripcion viene bien respecto de las en que los puso Venegas y no Hidalgo, que no recabó de ellos semejantes obsequios, ¡tan inconsecuentes son los hombres!. . . yo me enhasió cuando reflexiono sobre este manejo, y no veo en el mundo sino un juego en que á guisa de tramposos y fulleros, todos están á quien se engaña.

Cuando Allende sufrió la derrota marchó en dispersion para Zacatecas, donde encotró á Iriarte con una buena division de tropa; pero muy luego entendió que este hombre de mala fé no veia de buen ojo que le fuese superior, y que se murmuraba en la tropa sobre su conducta, en términos de casi palpar una desobediencia ó motin: habia dos motivos principales para ello, el

primero haberse presentado allí con el carácter de derrotado y disperso, y el segundo no recibir de su mano los soldados el prest, sino de la de Iriarte; determinó, pues, marchar para Guadalajara y lo hizo harto mohino con el cura Hidalgo, habiendo precedido entre ambos contestaciones secretas, pero muy amargas, pues Allende decia que lo habia comprometido dejándolo solo en la pelaza despues de la accion de Aculco, y que se habia marchado despues á Guadalajara, no para evitar la anarquía entre los gefes que la ocuparon, sino para proporcionarse un asilo de seguridad contra los enemigos. Estas desazones no las entendió el público por entonces, pues Hidalgo salió á recibir á Allende fuera de Guadalajara con gran comitiva de coches y personas respetables, y le prestó todos los comedimientos de la amistad y etiqueta. Estos gefes no estuvieron ociosos en estos dias; reunieron la gente que pudieron, dividiendo el ejército en brigadas y regimientos; pero les faltó tino para elegir oficiales subalternos, bien que ni habia copia de sugetos, ni el tiempo necesario para calificar su respectivo mérito. Aprovecháronse de las ventajas que proporcionaba S. Blas, de cuyos almacenes trajeron cantidad de municiones, é hicieron conducir á brazo cañones de artillería hasta calibre de á 24, que pasaron por las barrancas de *Mochiltic*, donde aun existen varias piezas de estas que excitan la admiracion de los viajeros y les hacen exclamar. . . . ¡Ay! este fué el combate verdadero de la libertad: á solo ella se debieron estos esfuerzos prodigiosos! Tornáronse los hombres en gigantes y multiplicaron á lo infinito sus fuerzas. . . . Ni dejaron sin accion los resortes del entusiasmo y convencimiento, pues animaron la imprenta, publicaron allí diversos manifiestos sobre la justicia de la causa que defendian, y confundieron por ellos á los inquisidores de México mostrando matemáticamente su vergonzosa ignorancia, no menos que la ilegalidad de sus excomuniones, y su indecente falta de lógica. Una pluma hermosa se consagró á desengañar á los pueblos de América; mas ¡ó dolor! por una de aquellas aberraciones del espíritu humano, esta misma mano se tornó despues en persuadir todo lo contrario de lo que habia escrito, y en los dias subsecuentes se esclavizó á los caprichos del tirano Cruz.

El cura Hida'go por sí mismo con oportunidad procuró desimpresionar á la nacion de las imposturas publicadas contra él por la inquisicion; así es que circuló la siguiente proclama.

„¿Es posible, americanos, que habeis de tomar las armas contra vuestros hermanos que están empeñados con riesgo de su vida en libertaros de la tiranía de los europeos y en que dejeis de ser esclavos suyos? ¿No conocéis que esta guerra es solamente contra ellos, y que por tanto seria una guerra sin enemigos que estaria concluida en un dia si vosotros no los ayudáseis á pelear? No os dejeis alucinar, americanos, ni deis lugar á que se burlen por mas tiempo de vosotros y abusen de vuestra bella índole y docilidad de corazon, haciéndoos creer que somos enemigos de Dios, y queremos trastornar su santa religion, procurando con imposturas y calumnias haciéndonos parecer odiosos á vuestros ojos. No: los americanos jamas se apartarán un punto de las antiguas máximas cristianas heredadas de sus mayores. Nosotros no conocemos otra religion que la católica, apostólica romana, y por conservarla pura é ilesa en todas sus partes no permitiremos que se mezclen en este continente estrangeros que la desfiguren. Estamos prontos á sacrificar gustosos nuestras vidas en su defensa, protestando delante del mundo entero que no hubiéramos desenvainado la espada contra estos hombres, cuya soberbia y despotismo hemos sufrido con la mayor paciencia por espacio casi de trescientos años en que hemos visto quebrantados los derechos de la hospitalidad y rotos los vínculos mas honestos que debieron unirnos, despues de haber sido el juguete de su cruel ambicion y víctimas desgraciadas de su codicia, insultados y provocados por una série no interrumpida de desprecios y ultrajes, y degradados á la especie miserable de insectos reptiles; si no nos constase que la nacion iba á perecer irremediabilmente, y nosotros á ser viles esclavos de nuestros mortales enemigos, perdiendo para siempre nuestra religion, nuestra ley, nuestra libertad, nuestras costumbres y cuanto tenemos mas sagrado y mas precioso que custodiar. Consultad á las provincias invadidas, á todas las ciudades, villas y lugares, y vereis que el objeto de nuestros constantes desvelos es el de mantener nuestra reli-

gion, nuestra ley, la patria y pureza de costumbres, y que no hemos hecho otra cosa que apoderarnos de las personas de los europeos, y darles un trato que ellos no nos darian ni nos han dado á nosotros.

Para la felicidad del reino es necesario quitar el mando y el poder de las manos de los europeos; esto es todo el objeto de nuestra empresa, para la que estamos autorizados por la voz comun de la nacion, y por los sentimientos que se abrigan en los corazones de todos los criollos, aunque no puedan explicarlos en aquellos lugares en donde están todavia bajo la dura servidumbre de un gobierno arbitrario y tirano, deseosos de que se acerquen nuestras tropas á desatarles las cadenas que los oprimen.

Esta legítima libertad no puede entrar en paralelo con la irrespetuosa que se apropiaron los europeos cuando cometieron el atentado de apoderarse del Exmo. Sr. *Iturrigaray* y trastornar el gobierno á su antojo, sin conocimiento nuestro, mirándonos como hombres estúpidos, y como manada de animales cuadrúpedos, sin derecho alguno para saber nuestra situacion política. En vista, pues, del sagrado fuego que nos inflama y de la justicia de nuestra causa, alentaos, hijos de la patria, que ha llegado el dia de la gloria y de la felicidad pública de esta América. ¡Levantaos, almas nobles de los americanos, del profundo abatimiento en que habeis estado sepultados, y desplegad todos los resortes de vuestra energía y de vuestro valor, haciendo ver á todas las naciones las admirables cualidades que os adornan, y la cultura de que sois susceptibles! Si teneis sentimientos de humanidad, si os horroriza el ver derramar la sangre de vuestros hermanos, y no quereis que se renueven á cada paso las espantosas escenas de Guanajuato, del paso de Cruces, de S. Gerónimo Aculco, de la Barca, Zacoalco y otras: si deseais la quietud pública, la seguridad de vuestras personas, familias y haciendas, y la prosperidad de este reino: si apeteceis que estos movimientos no degeneren en una revolucion, que procuramos evitar todos los americanos, *esponiéndoo en esta confusion á que venga an extranjero á dominaros*; en fin, si quereis ser felices, desertaos de las tropas de los europeos y venid á uniros con nosotros: dejad que se de-

fiendan solos los ultramarinos, y vereis esto acabado en un dia sin perjuicio de ellos ni vuestro, y sin que perezca un solo individuo; pues nuestro ánimo es solo despojarlos del mando, sin ultrajar sus personas ni haciendas.

Abrid los ojos, considerad que los europeos pretenden poneros á pelear *criollos* contra *criollos*, retirándose ellos á observar desde lejos, † y en casos favorables apropiarse toda la gloria del vencimiento, haciendo despues mofa y desprecio de todo el criollismo y de los mismos que los hubiesen defendido ‡. Advertid que aun cuando llegasen á triunfar, ayudados de vosotros, el premio que debeis esperar de vuestra inconsideracion, seria el que dobláseis vuestras cabezas, y el veros sumergidos en una esclavitud mucho mas cruel que la anterior. Para nosotros es de mucho mas aprecio la seguridad y conservacion de nuestros hermanos: nada mas deseamos que el no vernos precisados á tomar las armas contra ellos: una sola gota de sangre americana fuera mas de nuestra estimacion, que la prosperidad de algun combate, que procuramos evitar cuanto sea posible y nos lo permita la felicidad pública á que aspiramos, como ya hemos dicho. Pero con sumo dolor de nuestro corazon protestamos que pelearemos contra todos los que se opongan á nuestras justas pretensiones, sean *quienes fueren*, y para evitar desórdenes y efusion de sangre, observaremos inviolablemente las leyes de la guerra y de gentes para todos en lo de adelante.”

Así habló el varon intrépido y denodado que saliendo de una parroquia, donde por su sabiduría é industria, habia zanjado los fundamentos de la felicidad de sus feligreses, el que vió, y osó arrebatarse de las garras del leon castellano la cordera

† Esto ya lo hemos visto comprobado con los informes y quejas que dió Calleja á Venegas. Los españoles querian que nos matásemos y estarse ellos quietecitos como relamidas doncellas, para que les conservásemos sus *preciosas* vidas y sus intereses. ¡Qué bien los conoció el Sr. Hidalgo!

‡ Así lo hicieron del Sr. Iturbide á quien jamás quiso premiar el gobierno español haciéndolo general, á cuantas representaciones suyas se recibian en la cobachuela de Madrid se les daba carpetazo por orden del ministro de la guerra, cuando ninguno de los americanos fué mas activo en servirles. Así lo decia públicamente el ingeniero Sociats; pero él se tomó por fuerza lo que no le quisieron dar de grado.

inocente que tenia apañada. . . . El mundo y la posteridad admirará tan heroica audacia. La nacion escuchó su voz como la de un oráculo, y la chispa desprendida del pueblo de Dolores incendió este continente con la misma rapidez que los rayos del sol calientan y alegran la superficie del globo. Hé aquí al *Padre* de la *Libertad* mexicana, tributémosle por nosotros y por las futuras generaciones el homenaje y respeto que se merece un gé- nio bienhechor. Su vista de Aguila no se limitó al círculo que ocupaba, estendióla por este vasto continente, y no se descuidó de llevar su voz á la hermosa provincia de Sonora.

ESPEDICION A LA SONORA.

Luego que Hidalgo llegó á Guadalajara, se le presentó el Dr. Fr. Francisco de la Parra, religioso domínico, que á la sazón estaba encargado de la direccion de la única imprenta que habia en aquella ciudad, la que puso á su disposicion, y por medio de ella se comenzó á fomentar la revolucion publicando varios manifiestos, proclamas, órdenes, y el *Despertador americano*. Halló el Sr. Hidalgo en dicho religioso las mejores disposiciones para hacer grandes servicios á la patria, pues Parra publicó á su costa los impresos que veian la luz; destinólo con despachos firmados de su mano para la espedicion que mandó para Provincias Internas, confiriéndole el grado de brigadier, que no quiso aceptar porque repugnaba á su estado monacal; pero sí se ofreció á dirigir con sus consejos á D. José María Gonzalez Hermosillo, bajo cuyo nombre marchó la espedicion el dia 1.º de diciembre de 1810 por el rumbo del norte. Parra salió el dia 3 por el poniente, para hacer la reunion de gentes de diversos puntos en el pueblo de la Magdalena, distante veinte leguas de Guadalajara: el dia 6 llegó á dicho pueblo con mas de quinientos hombres que se le habian reunido, incluso ciento cuarenta y cinco de á caballo, treinta y cinco fusiles y cien pares de pistolas. Al dia siguiente á las once de la mañana entró en el punto de reunion Hermosillo con mil setecientos infantes, doscientos caballos, sesenta y ocho fusiles y escopetas, y cuarenta pares de pistolas.

El dia 8 salió la division, atravesando las barrancas de Mochilitl; mas á pesar de ser intransitables, se vió con asombro que en brevísimo tiempo abrieron los indios camino carretero para la conduccion de la artillería que venia del puerto de S. Blas. Esto estaba reservado al entusiasmo patriótico que sabe trastornar los montes, y lo prueba el que aun subsisten algunas piezas en aquellos puntos que no se han podido arrancar de ellos.

El dia 11 entró en Tepic la division: reuniáse mucha gente en este pueblo. En este dia se encontró otra partida de cañones.

El dia 15 pasó la division por Acaponeta que es el último pueblo limítrofe entre Jalisco y Sonora, distante 115 leguas de la capital; la raya divisoria de ambos estados hoy, es el rio de la Bayona, cinco leguas adelante del pueblo donde comienza Sonora. El dia 17 se presentó la division á las orillas del real del Rosario: esperábala el coronel comandante europeo de realistas D. Pedro Villa Escusa, con seis cañones y mil armas de fuego.

El dia 18 los independientes como á las seis de la mañana pasaron casi á nado el rio de la entrada de aquel mineral, hallándose parapetados del lado opuesto los realistas, buscando vados para que se inutilizaran los fuegos enemigos. Dirigióse un grueso como de mil hombres por la derecha al mando del coronel Quintero, otro igual por la izquierda á las órdenes del capitán D. Trinidad Flores, quienes al abrigo de los arbustos que habia en aquella vega, cargaron tan violentamente sobre el enemigo que huyeron en confusion, reconociendo al centro de la poblacion: metiéronse dentro de las casas en grupos sin gefe que los dirigiera. Sabido este incidente por un español que pareció ser el alcablero del lugar, tomó uno de los cañones que habia en la plaza cargados á metralla: réunese con varios de sus paisanos y algunos soldados: preséntalo en una boca calle donde le pareció que venia mayor número de americanos: le da fuego; pero al ver estos el fognaso, se arrastran al suelo y burlan el tiro que pasa sobre sus cabezas; mas en el momento se lanzan sobre los artilleros españoles, los cocen á puñaladas, y al alcablero le mutilan las partes vergonzosas que presentan en triunfo. Esta bárbara operacion causó tal terror en el resto de la poblacion y ene-

migos, que en un momento quedaron desiértas las calles: agrupados en las casas solían tirar algunos fusilazos al aire, pero esto se les tornaba en daño, pues al momento eran atacados en ellas trozándoseles las puertas, y quedaban muertos ó prisioneros. En este estado de hostilidad permaneció el pueblo hasta las cinco de la tarde en que el coronel Villa-Escusa mandó dos oficiales á Hermosillo para que tratasen de capitulación. No se les admitió otra sino la de entregarse á discrecion, entregando de consiguiente todo el parque y armas de toda especie. Verificóse así, y á los vecinos se les trató con la mayor dulzura; la mayor parte de ellos se ofreció á servir en el ejército americano. Al coronel Villa-Escusa concedió Hermosillo pasaporte para restituirse al seno de su familia con diez soldados de los vencidos para que le sirviesen de consuelo y custodiasen. Conducta noble y generosa, usada porque le movieron á compasion las muchas lágrimas que derramó Villa-Escusa á su presencia, como pudiera un niño cuando vino á presentársele; contentóse solamente con exigirle juramento de no volver á tomar las armas contra la nacion mexicana. Al tiempo de retirarse arrastró consigo á mas de sesenta de los suyos, y caminando por la villa de S. Sebastian, llegó al pueblo de S. Ignacio Piaxtla, distante veinticinco leguas del Rosario. A su trásito sedujo á cuantos pudo á favor del partido realista, y aprovechándose de las ventajas militares que le proporcionó aquel local, se hizo fuerte en él. Desde aquel punto dió aviso de todo lo ocurrido al intendente D. Alejo Garcia Conde que residia en Arizpe, y marchaba con un repuesto muy considerable de indios ópatas, armados de fusil y lanza, y lo exhortó á que viniese á auxiliarlo, pues temia por momentos que los americanos fuesen á atacarlo.

Luego que Hermosillo supo en el Rosario la infidelidad de Villa-Escusa, reunió su division el 25 de diciembre y partió para el pueblo de Cacolotan, distante tres leguas del Rosario: pasó revista de la gente y se encontraron cuatro mil ciento veinticinco infantes, cuatrocientos setenta y seis caballos y novecientos fusiles, algunas escopetas y carabinas, doscientos pares de pistolas y mucho número de lanzas, arma que maneja con mu-

cha destreza aquella caballería. Condujéronse tambien los seis cañones quitados á Villa-Escusa, y se advirtió que de los soldados vencidos se habia fugado la mayor parte para reunirse á los de Piaxtla. Poco temor dió esto á Hermosillo, confiado en el valor y entusiasmo de su gente: aumentó su confianza el que se le habia reunido voluntariamente la division que guarnecía el puerto de Mazatlan de los mulatos.

El dia 27 de diciembre entró el ejército en la villa de S. Sebastian entre vivas y aplausos, en lo que influyó mucho el vicario eclesiástico foráneo, que gozaba mucho ascendiente sobre aquel pueblo y era respetado por sus virtudes: socorrió además á la tropa con dinero y con cuanto pudo.

El dia 29 se situó el ejército sobre la cima de un cerrillo que dominaba por el rumbo del sur al pueblo de S. Ignacio á tiro de cañon. Divide el pueblo del cerro, un rio de bastante caudal de agua, que en tiempo de lluvias es intransitable.

El dia 31 algunos soldados de á caballo de Mazatlan, con un sargento llamado Hernandez, bajaron del cerrillo á las señas que les hacian otros dos enemigos situados en la banda opuesta: Hernandez conoció á dos de ellos que habian sido sus camaradas en el Rosario: el murmullo del agua impedia que se oyeran las voces, pero con el movimiento de las manos lo llamaron á que viniera á contestar con ambos. Entendido por el sargento y animado por su mucho valor, aprieta las espuelas al caballo, se arroja al rio pasándolo casi á nado, contesta con sus camaradas y quedan de acuerdo en que al otro dia en el mismo sitio vendria mucha mas gente de los enemigos, que seducirian para reunirseles y pasarse á los americanos. Hernandez contentísimo con esta noticia, dió la vuelta despues de haber dado un estrecho abrazo á los que suponía fuesen sus amigos; mas apenas habia andado poco trecho del rio, cuando uno de aquellos pérfidos le dispara un fusil y lo atraviesa por la espalda: calló Hernandez á la agua, y el caballo sin jinete pasó al lado opuesto. Hubo despues algun tiroteo de orilla á orilla, mas todo inútil, pues apenas llegaban las balas; bien que aun cuando alcanzaran, seria sin efecto, porque los realistas se habian repechado con los

matorrales y peñascos. Continuó el día 1.º de enero (de 1811) el tiroteo, y aunque el de cañon llegaba, lo eludían con sus atrincheramientos puestos en las casas.

El 2 salió el padre Parra con cinco escopeteros á buscar por el rumbo del oriente un vado que proporcionase el tránsito de la artillería para atacar el pueblo; encontrólo á propósito á la media legua por un soldado llamado *Diego Somalia*, hombre valeroso de los que le acompañaban; echáronse á la agua dicho Parra y el soldado, quedándose á la orilla los restantes, acercándose para hacer un reconocimiento del terreno; mas á poco fueron sorprendidos por una partida de guerrilla que los hizo prisioneros. Somalia murió en el acto; mas Parra fué conducido hasta el pueblo, y puesto en seguridad con centinela de vista. No tuvo pocos trabajos en romper y ocultar sus despachos de Hidalgo, y una carta que este le mandó entregase al Sr. obispo Rousset, de Sonora. Despues fué llevado con una barra de grillos á Durango, y entregado para ser sentenciado, al inexorable asesor Pinilla Perez; habiendo logrado por el capellan del Sr. Garcia Conde que no lo juzgase el asesor de Sonora, Lic. Tres Guerras (andaluz): logró al fin fugarse por un medio que no es del caso referir †.

Entre doce y una de la noche del 4 al 5 de enero entró D. Alejo Garcia Conde en S. Ignacio, habiendo salido á encontrarlo una partida de Villa-Escusa: ignoráronlo los americanos, y vivían en el concepto de que era muy poca la tropa que estaba parapetada en el pueblo.

El día 6 mandó el intendente Garcia Conde, que se reuniese de las poblaciones inmediatas el mayor número posible de gente armada para emboscarla por la espalda de los americanos y darles una sorpresa. Persuadiéronse éstos equivocadamente, que les seria fácil cosa atacar á Villa-Escusa como la primera vez y con igual éxito, por lo que el día 8 salió la division de Hermosillo á las 8 de la mañana, batiendo marcha, por el rumbo del oriente á vista del enemigo. La infantería marchó á vanguardia, en el centro la artillería y á retaguardia la caballería. Pasaron todos el vado que descubrió el padre Parra. Entonces toda la tropa enemiga, sin órdenes de sus oficiales, arrastrándose de barriga por el suelo entre los arbustos y breñales, se colocó á los lados del camino por donde debia pasar la division en número como de cuatrocientos hombres, y teniéndole en medio comenzaron á hacer un fuego voraz graneado y certero, que en ménos de diez minutos acabó con mas de trescientos americanos. En vano se fatigaba Hermosillo por defenderse, porque no veía objeto de direccion. Procuró retirarse por el mismo camino que habia traído, y con este golpe quedó perdida una conquista tan fácil como gloriosamente conseguida. De este importante acontecimiento apénas se dió una ligera noticia en la gaceta del gobierno español, como puede verse en la núm. 27 (extraordinaria de 24 de febrero de 1811.)

Hará muy poco honor en todos tiempos al coronel Villa-Escusa la pérftda conducta que observó con el comandante Hermosillo, así como á este la imprecacion que tuvo de no remitirlo luego como debió á Guadalajara. Si en aquel punto ó en otro lugar ventajoso hubiera situado un fuerte regular con competente guarnicion, remitiendo el copioso armamento que habia tomado para que el ejército de Guadalajara hubiera resistido á la fuerza de Calleja que le amenazaba, tal vez la batalla de Calderon habria decidido la suerte de la América mexicana. Son muy dignos de lástima los hombres candorosos, porque son el juguete de los perversos. En esto tuvo no poca parte la inesperienza de la guerra, en cuyo arte eran niños los americanos.

CONTRAREVOLUCION EN GUADALAJARA.

Cuando Hidalgo comenzaba á tomar sus medidas de defensa, y creía por las extraordinarias demostraciones de regocijo con que fué recibido en Guadalajara que allí no tenia enemigos que temer, comenzaron las agitaciones que á manera de un mar bor-

† La junta de premios de esta capital de México, en virtud de estos servicios que probó el padre Parra con buenos documentos, consultó al gobierno que se le confriese una canongía, presentándose para ella cuando el patronato estuviese declarado, y celebrado el concordato con la santa Sede Apostólica.